

ALFAGUARA


William Faulkner

Sartoris

Traducción de José Luis López Muñoz

A SHERWOOD ANDERSON

*Mi primera obra se publicó gracias
a su amabilidad, y le dedico este libro
con la esperanza de que no le dé
motivos para lamentarlo.*

PRIMERA PARTE

1.

Como de costumbre, el viejo Falls había conseguido que John Sartoris estuviera con él en la habitación; una vez más había hecho cinco kilómetros a pie desde el asilo del condado, trayendo consigo, como una fragancia, como el olor a limpio de su mono desteñido, cubierto de polvo, el espíritu del muerto; y en la oficina de su hijo, los dos, el pobre de solemnidad y el banquero, conversaron de nuevo durante media hora, en compañía de aquel que había pasado del otro lado de la muerte y regresado después.

Liberada del tiempo y de la carne, la presencia de John Sartoris resultaba mucho más real que la de los dos ancianos que permanecían sentados, tratando, por turno, de penetrar a gritos la sordera del otro, mientras en la habitación contigua los asuntos del banco seguían su marcha y los clientes de las tiendas vecinas escuchaban el confuso alboroto de voces que les llegaba a través de las paredes. John Sartoris resultaba mucho más palpable que aquellos dos ancianos, unidos por su sordera común a una época ya muerta que se hacía cada vez más tenue con el lento desgaste de los días; aún ahora, cuando el viejo Falls ya se había puesto en camino para recorrer los cinco kilómetros que lo devolverían al asilo que consideraba su hogar, John Sartoris seguía presente en el cuarto, por encima y alrededor de su hijo, con su rostro barbado y su perfil de halcón, de manera que, mientras el viejo Bayard seguía sentado, con la pipa en la mano, apoyando los pies cruzados contra el ángulo de la chimenea apagada, le parecía oír la respiración de su padre, como si su progenitor

fuera mucho más palpable que un simple trozo de barro transitoriamente dotado de movimiento, y capaz incluso de penetrar el infranqueable reducto de silencio en que vivía su hijo.

La cazoleta de la pipa estaba profusamente esculpida y chamuscada por el mucho uso y, en la boquilla, se notaban las huellas de los dientes de su padre, que había dejado allí la imagen indeleble de sus huesos, como en piedra perdurable, a semejanza de esas criaturas prehistóricas concebidas y llevadas a cabo de manera demasiado grandiosa tanto para mantenerse vivas mucho tiempo como para desaparecer por completo, una vez muertas, de esta tierra moldeada y acondicionada para criaturas mucho más insignificantes.

—¿Por qué me la das ahora, después de tanto tiempo? —le había preguntado Bayard al viejo Falls, con la pipa en la mano.

—Bueno; creo que al Coronel no le gustaría que siguiera guardándola —contestó el otro—. Un asilo no es sitio para tener cosas tuyas. Y yo voy a cumplir los noventa y cuatro.

Más tarde, el viejo Falls recogió sus paquetes y se marchó, pero Bayard siguió sentado durante algún tiempo, con la pipa en la mano, frotando despacio la cazoleta con el pulgar. Al cabo de un rato, también John Sartoris se ausentó, o más bien se retiró a ese lugar donde los muertos contemplan en paz sus idealizadas frustraciones, y el viejo Bayard, poniéndose en pie, se metió la pipa en el bolsillo y tomó un cigarro de la caja colocada sobre la repisa de la chimenea. Mientras encendía el fósforo, se abrió la puerta al otro lado de la habitación y un hombre que llevaba una visera verde entró y se acercó a él.

—Simon está aquí, Coronel —dijo con voz neutra.

—¿Qué? —dijo Bayard, mirándolo por encima de la cerilla.

—Ha llegado Simon.

—Ah. De acuerdo.

El otro se dio la vuelta y salió. Bayard tiró la cerilla al hogar de la chimenea, se guardó el cigarro en el bolsillo del pecho, cerró el escritorio, recogió el sombrero negro de fieltro que estaba encima y abandonó la habitación por la misma puerta que su subordinado. El hombre de la visera y el cajero estaban atareados al otro lado de la ventanilla. El viejo Bayard cruzó el vestíbulo, atravesó la puerta con la persiana verde echada y salió a la calle, donde Simon, con un sobretodo de lino y una chistera antiquísima, mantenía a los caballos, relucientes en la tarde primaveral, pegados a la acera. Había allí un poste para atarlos, que Bayard conservaba con testaruda desconsideración hacia el progreso industrial; pero Simon no lo usaba nunca. Hasta que se abría la puerta y Bayard surgía de detrás de las persianas echadas, con la inscripción «El Banco Está Cerrado» en letras de oro resquebrajadas, Simon permanecía con las riendas en la mano izquierda, la correa del látigo sujeta en el sitio exacto con la derecha y, de ordinario, la misma e invariable —y al parecer incombustible— colilla de puro en ángulo jactancioso contra su rostro oscuro, hablando a la reluciente pareja de caballos en un flujo sin altibajos, de amante a amante. Simon mimaba a los caballos. El viejo cochero admiraba a los Sartoris y sentía por ellos una ternura cálida y protectora, pero los caballos eran su debilidad: entre sus manos hasta la bestia más desmedrada florecía, se llenaba de donaire como una mujer acariciada, y de temperamento como una diva de ópera.

Bayard cerró la puerta a sus espaldas y cruzó la acera hasta el coche con la rígida tiesura característica que, como uno de sus conciudadanos hizo notar en cierta ocasión, si el anciano diese un traspie alguna vez, se tropezaría consigo mismo antes de caer al suelo. Uno o dos viandantes y algún que otro tendero desde la puerta de su establecimiento le saludaron con lo que podría calificarse de barroco servilismo.

Tampoco entonces abandonó Simon el pescante. Con la fina sensibilidad de su raza para todo lo que tuviera posibilidades teatrales, se irguió para arreglarse los desvaídos pliegues del sobretodo, comunicando la carga histriónica del momento a los caballos, que procedieron a llenar de estremecimientos sus pieles lustrosas y a agitar sus cabezas enjaezadas; y en el acartonado rostro negro de Simon apareció una indescriptible expresión majestuosa mientras rozaba el ala de su sombrero con la mano que empuñaba el látigo. Bayard se subió al coche, Simon chasqueó la lengua, y los espectadores, detenidos para admirar el drama efímero de la partida, quedaron atrás.

Sin embargo, había algo diferente en el porte de Simon aquel día; algo que se reflejaba en la forma de su espalda y en la inclinación del sombrero: se diría que estaba reventando por decir algo de mucha importancia. Pero consiguió dominarse por el momento y con paso brioso y contenido condujo entre los desvencijados carros que circulaban por la plaza y torció para adentrarse en la amplia calle donde las personas que Bayard calificaba de pobretones iban y venían en sus automóviles. Cuando la ciudad quedó tras ellos y trotaban ya atravesando campos florecientes, todavía atestados de consumidores de gasolina (aunque allí la distancia entre unos y otros fuera mayor que en la ciudad), Simon siguió sin hablar. Pero en cuanto su amo se dejó dominar por la pacífica somnolencia que el rítmico paso de los caballos y la familiar monotonía del paisaje le producían siempre, Simon redujo la marcha y volvió la cabeza.

Aunque la voz de Simon no era en especial recia ni sonora, conseguía hablar con Bayard sin dificultad. Otros tenían que gritar para horadar el muro de sordera que rodeaba la vida del anciano; Simon, en cambio, podía mantener y de hecho, sobre todo cuando iban en el coche, cuya vibración mejoraba un tanto la capacidad auditiva de Bayard, mantenía con él largas conversaciones lle-

nas de digresiones sin salirse de un monótono sonsonete bastante agudo.

—El señorito Bayard ha vuelto —hizo notar Simon como de pasada.

Bayard regresó de sus somnolientas abstracciones y permaneció en perfecta y furiosa inmovilidad, mientras los latidos de su corazón se debilitaban y se hacían demasiado rápidos, maldiciendo a su nieto durante un larguísimo instante; tan inmóvil, que su criado al mirar para atrás lo encontró contemplando, tranquilo, el horizonte. Simon alzó un poco la voz.

—Se bajó del tren de las dos —continuó—. Por el lado que no da al andén y desapareció corriendo entre los árboles. Lo vio uno de los empleados. Pero todavía no había llegado a casa cuando yo salí. Se me ocurrió que quizá estuviera con usted.

El polvo se arremolinaba bajo los cascos de los caballos para convertirse detrás en una nube perezosa. Contra los setos que se espesaban, las sombras corrían subiendo y bajando, entre radios centelleantes y el paso altivo de los caballos, con toda la futilidad de un movimiento sin progreso.

—Ni siquiera se bajó en el apeadero —continuó Simon, con una especie de irritada exasperación—. El apeadero que construyó su propia familia. ¡Saltar del tren por el otro lado de la vía como un vagabundo! Tampoco iba vestido de uniforme.

Su tono era ya de franca desaprobación.

—Llevaba un simple traje, como un viajante de comercio o cualquier cosa parecida. Y cuando me acuerdo de aquellas botas tan brillantes y los pantalones de color amarillo claro y de la guerrera con que vino a casa el año pasado...

Simon se dio la vuelta otra vez y miró con fijeza al anciano.

—Coronel, ¿cree usted que esos extranjeros le habrán hecho algo?

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Bayard—. ¿Ha vuelto cojo?

—No, me refiero a colarse de rondón en su propio pueblo. Colarse de rondón en el pueblo que construyó su abuelo, usando el ferrocarril de su familia como cualquier desconocido. Esos malditos extranjeros le han hecho algo o han conseguido que le persiga la policía. Ya le dije yo, cuando se fue la primera vez a esa guerra, que ni a él ni al señor Johnny se les había perdido nada...

—No vayas tan despacio —dijo Bayard con sequedad—. Sigue adelante, negro maldito.

Simon chasqueó la lengua e hizo que los caballos aligeraran el paso. La carretera se prolongaba entre los setos que seguían ofreciéndoles las terribles cabriolas sin sentido de sus propias sombras. Más allá de los árboles de goma, de las encinas y de los viñedos que bordeaban la carretera, se extendían campos recién abiertos o a punto de serlo hacia zonas de bosque de hoja caduca con brotes nuevos, esmaltados de cerezos silvestres y algarrobos locos. Tras los laboriosos arados, viscosos terrones brillaban, húmedos, al sol.

Eran aquéllas tierras altas, que se elevaban en suaves pendientes sucesivas hasta el azul inmaculado de las colinas; pero pronto la carretera empezó a descender en picado hacia un valle de amplios campos de buena tierra, somnolientos bajo el calor igualador de las primeras horas de la tarde. Enseguida empezaron a cruzar las propiedades del mismo Bayard y, de cuando en cuando, algún negro levantaba la mano del arado para saludar. Luego, la carretera se acercó a la vía del ferrocarril y la cruzó, hasta que, por fin, la casa que John Sartoris había construido apareció entre las encinas y los robles. Simon giró para atravesar el portón de hierro y subir por la avenida en curva.

Había un arriate de salvia en el sitio donde una patrulla yanqui se detuviera en un día ya lejano. Simon paró el coche haciendo una última floritura y Bayard se

apeó. El cochero chasqueó la lengua para que la pareja se pusiera otra vez en marcha en dirección contraria; luego, colocándose el cigarro en una postura más cómoda, tomó rumbo a la ciudad.

Bayard permaneció por un momento inmóvil delante de la casa, pero su blanca simplicidad sólo le ofrecía un sueño ininterrumpido entre los árboles añosos iluminados por el sol. La glicinia que trepaba por un extremo de la veranda había florecido, marchitándose después, y un débil rastro de pétalos ajados yacía pálidamente entre sus oscuras raíces y las de un rosal que crecía apoyándose en el mismo rodrigón. El rosal, de manera lenta pero inexorable, estaba ahogando a la otra enredadera, cuyos brotes no pasaban ya del tamaño de dedales y daban unas flores tan pequeñas como monedas de plata; abundantísimas, eso sí, pero sin aroma, y que además se deshacían al intentar cortarlas.

La inmovilidad y la serenidad de la casa resultaban, sin embargo, sedantes, por lo que el viejo Bayard subió hasta el porche, vacío y encolumnado, y, después de cruzarlo, entró en el espacioso vestíbulo de altísimo techo, en cuyo centro se detuvo. La casa estaba en silencio, dulcemente huérfana de todo sonido o movimiento.

—¡Bayard!

La escalera, con la barandilla blanca y su alfombra roja, subía en esbelta espiral hasta la penumbra de los pisos altos. Del centro del techo colgaba una lámpara de prismas de cristal y pequeñas pantallas, diseñada en un principio para iluminar con velas, pero conectada más adelante a la red eléctrica; a la derecha de la entrada, junto a unas puertas plegables que daban a una habitación conocida con el nombre de sala de visitas, de la que emanaba una atmósfera de deslucida dignidad muy pocas veces perturbada, se alzaba un espejo tan lleno de oscuridad como un charco inmóvil a la caída de la tarde. Al otro extremo del vestíbulo, la luz del sol, ajedrezada, entraba,

oblicua, por la puerta, y en algún lugar más allá de la barrera de la luz, una voz subía y bajaba en tono menor, desgranando una ininterrumpida salmodia que denotaba preocupación. No siempre se podían distinguir las palabras, pero para el viejo Bayard resultaban del todo inaudibles. El anciano alzó la voz de nuevo.

—¡Jenny!

La salmodia cesó, y mientras él se volvía hacia la escalera, una mulata de aventajada estatura apareció en la oblicua mancha de sol más allá de la puerta trasera y entró en el vestíbulo como deslizándose. Llevaba una bata azul descolorida, remangada hasta las rodillas y llena de manchas oscuras de distribución irregular. Por debajo, sus pantorrillas eran rectas y descarnadas como las patas de un pájaro muy alto y sus pies, descalzos, contrastaban como pálidas manchas de café con leche sobre el oscuro suelo encerado.

—¿Llamaba usted a alguien, Coronel? —dijo, alzando la voz.

Bayard se detuvo con la mano en la barandilla de nogal y se volvió hacia el agradable rostro de la mulata.

—¿Ha venido alguien por la tarde? —preguntó.

—No, señor —contestó Elnora—. No hay nadie en la casa, que yo sepa. La señorita Jenny se marchó a la reunión del club de la ciudad.

Bayard permaneció con un pie en el primer escalón, mirándola indignado.

—¿Por qué demonios, negros malditos, siempre tenéis que mentir o no decir nada? —estalló de repente.

—Cielo santo, Coronel, ¿quién podría venir hasta aquí, si no es alguien que manden usted o la señorita Jenny?

Pero él iba ya escaleras arriba, pisando, furioso, los peldaños. La mujer lo siguió con la vista unos instantes y después exclamó:

—¿Necesita a Isom o cualquier otra cosa?